

BETTINA BELITZ

Besos de espinas



Besos de espinas

BETTINA BELITZ

Besos de espinas

Traducción
Carmen Bas Álvarez

ANAYA

Título original: *Dornenkuss*

1.^a edición: abril de 2016

© Bettina Belitz, 2011
© Script5 (Loewe Verlag GmbH, Bindlach), 2011
© De la traducción: Carmen Bas Álvarez, 2016
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta: Christian Keller
Ilustración de cubierta: Maria-Franziska Ammon

ISBN: 978-84-698-0893-1
Depósito legal: M. 4704/2016
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Índice



9 Prólogo

PHILIA

- 13** *Un attimo di pace*
29 Quemada
41 *Odi et amo*
47 *It's teatime*
69 Carencias
89 Sin vuelta atrás
95 Solo sin mi madre
105 Choque cultural
119 Fatal fatal
141 Ángulo muerto

MANIA

- 159** Asuntos del corazón
173 Turismo
187 Teorías sobre la fertilidad
205 *Intermezzo*
211 Campaña de desprestigio
223 La carne de Dios
237 El instante dorado
257 Heroínas
275 Pestilencia
293 Piedad

EROS

- 311** *Exodus*
- 323** Ángeles
- 345** Buena amistad
- 359** Amor y psique
- 373** Visita corta
- 387** *High hopes*
- 407** Dolor de barriga
- 433** 37,2 grados por la mañana

AGAPE

- 441** Toque de diana
- 453** Solo un sueño
- 457** Las lágrimas de San Lorenzo
- 473** La odisea de los dioses
- 483** En los brazos de Morfeo
- 497** Reflejo
- 511** Elegida
- 525** Recaída
- 537** Prueba de confianza
- 543** Ceguera
- 553** Por el bien de mis hijos
- 565** La humillación de Canossa
- 579** Nacida para vivir
- 603** *Don't dream it's over*
- 617** Fe, esperanza, amor
- 633** A la sombra del bosque
- 639** La chispa de la vida
- 649** El crepúsculo de la humanidad

- 651** Epílogo

*A mi padre, a quien más echo de menos
cuando menos cuento con ello*

*Estar en el mundo: estar en la luz ... mantenerse ante la luz,
en la alegría del saber que me extingo en la luz sobre retamas,
asfalto y mar, perseverar en el tiempo, en la eternidad del momento.*

Ser eterno: haber sido.

Max Frisch, Homo Faber



Prólogo



LEGARÁ EL DÍA en que desees ser alguien diferente. Tu cuerpo te parecerá una carga y tu miedo será el eterno azote de tus pensamientos. Estarás cansada de tus sentimientos porque te tienen atrapada en su círculo siempre igual. Las dudas perturbarán tus sueños, mientras tu corazón desbocado te recuerda que estás llamada a algo superior.

Cede cuando comience. Enfréntate a lo que puedes ser en cuanto tus miedos se desvanezcan en la luz.

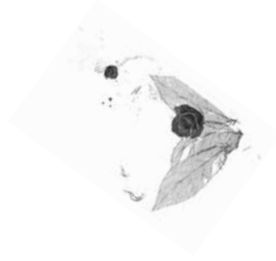
Crece por encima de ti, te perderás en ti misma sin tener que temer la caída en la nada. Te verás más bella que nunca, te sorprenderás de tu fuerza y tu encanto y te alegrarás de tu ligereza.

Todo lo que tienes que hacer es abrir los ojos y mirarme. Sumérgete en mi mundo verde azulado.

Te recogeré cuando caigas, y cuando el sueño se apodere de ti encontrarás en mi regazo la honda seguridad que siempre has anhelado.

Te espero.

Philia





ESTABA LISTA. Mi nuca había encontrado por fin la posición correcta sobre la almohada y mis pies estaban bien calientes envueltos en la manta de lana azul claro, mientras que me había tapado caderas y hombros con una manta algo más fina de algodón. El rugido de las máquinas cortando el césped, que en días secos como aquel empezaba inevitablemente hacia mediodía y no paraba hasta el anochecer, había enmudecido de forma sorprendente. Hasta el vecino había dejado de recortar los bordes de su césped de exhibición con las tijeras eléctricas.

Pero yo tampoco quería un silencio absoluto. Por eso tenía el dedo índice derecho preparado en el MP3 para, al primer rayo de sol que traspasara las nubes, escuchar una música cuyo autor tenía un nombre aún más idiota que la propia canción. *Fatal Fatal*, de DJ Pippi. Pero desde que había indagado en la colección de *chill out* de mi hermano esa canción era para mí la esencia del verano, sí, un himno a la vagancia, la relajación, y justo eso era lo que ahora esperaba impaciente y con una ilusión casi enfermiza. Porque no tenía mucho tiempo para relajarme. El ordenador me esperaba en modo *stand-by*. Solo tenía que mover el ratón para que él empezara otra vez a calcular y mi cerebro a trabajar. Por la noche apenas me había permitido tres horas de sueño, como siempre de dos a cinco; cuando empezó a clarear y los pájaros empezaron a cantar delante de mi ventana, volví inquieta al ordenador y seguí investigando... para ya

a los pocos clics comprender que iba a ser inútil. No encontraba la pista que estaba buscando, por no hablar del hilo rojo que tenía que existir. Sí, tenía que existir. ¿Por qué diablos no aparecía?

Intranquila, me giré hacia un lado y volví a colocarme sobre las caderas la colcha, que se había escurrido. ¿Tenía que dar ya por finalizada mi pausa de descanso? ¿Y seguir navegando? No, no tenía sentido, antes ya no podía ver nada en la pantalla porque tenía los ojos irritados y secos. Y mi mente tampoco podía asimilar ya todas las informaciones que la asaltaban. Tenía que descansar. Quería descansar. Sobre todo después de haber aterrizado sin querer en una de esas recargadas páginas turísticas que me prometían precisamente eso: una profunda y feliz relajación de color azul celeste. Descanso y ociosidad en la cuna de la cultura mediterránea. Italia. Italia, el amado y lejano país que o me ponía al borde del derrumbe o me llenaba de fascinación... y me negaba lo que escondía.

Demonios. Demonios y tal vez mi padre.

Y Tessa.

Precisamente eso no me lo podía creer cuando examinaba todas las páginas de Internet que Google escupía en cuanto tecleaba «Italia» en la ventana de búsqueda. Naturalmente, una vez que se dejaban atrás las incontables páginas con ofertas turísticas no todo eran bonitas promesas. No, Italia había sufrido, por ejemplo, terremotos devastadores, tenía una política corrupta con un jefe del Estado bastante dudoso —¡hasta me pregunté por un momento si no sería un mediasangre obsesionado por el sexo!—, el sur estaba tomado por la mafia y un alto desempleo, crecían los problemas con los refugiados, la economía enfermaba. Pero estas noticias resultaban casi buenas y sin importancia ante el exceso de belleza que se me ofrecía, sobre todo en blogs de viajeros y páginas de arte y arquitectura. Italia no era solo el legendario país de vacaciones, sino también la encarnación de la estética artística. Por pura desesperación, el día anterior me había pasado horas viendo las pinturas de la Capilla Sixtina con la esperanza de encontrar referencias ocultas a los demonios. Encontré de todo, menos demonios.

Me estaba volviendo loca. Las escasas informaciones que yo había recopilado con gran esfuerzo no encajaban con los resultados

de mis investigaciones y además eran raras, crípticas y estaban llenas de pesadillas sin expresar.

Información número uno: mi padre había desaparecido en Italia. Ni una sola señal de vida. Llevábamos meses esperando cualquier indicio que nos dijera que seguía vivo, por muy pequeño que fuera. Nada. Mamá incluso había empezado a guardar luto por él. A mí se me encogía el estómago cada vez que el timbre del teléfono rompía el silencio de la casa, porque esperaba que fuera él quien llamaba. Pero ese país se lo había tragado. No quería pensar demasiado sobre la información número uno. Me dolía demasiado, me cerraba la garganta.

Así que pasemos a la información número dos: supuestamente Tessa vivía en el sur de Italia. Tessa. Oh, Dios, Tessa... La madre de Colin. Y su amante. Era tan vieja y poderosa que ni siquiera una brutal rotura de cuello podía callar su horrible risa lujuriosa. Había controlado la vida de Colin desde el principio. En cuanto él era feliz, ella lo localizaba sin piedad para tomar lo que consideraba que era de su propiedad: su hijo. Colin Jeremiah Blackburn, mi gran amor y, al parecer, mi sombrío destino. Yo no podía pensar en Colin sin pensar en Tessa, pero tampoco podía pensar en Colin sin pensar en François, ese demonio que había atacado a mi hermano y le había absorbido toda la energía vital del cuerpo, hasta que Paul enfermó del corazón y estuvo a punto de morir. Gianna y Tillmann consiguieron revivirlo en el último segundo.

—¡Mierda, tiene que haber alguna relación! —Me estremecí y escuché con desconfianza al notar que sin querer había expresado mis pensamientos en voz alta. Una exclamación que había sonado como el furioso silbido de una serpiente. A pesar de que notaba los párpados más pesados que el plomo y una sensación de mareo, me pedí a mí misma concentración. Si reflexionaba hasta que saliera el sol, tenía que hacerlo bien.

Me había quedado en la información número dos. Tessa. Tessa, que había vuelto a ponerse en camino para buscar a Colin porque habíamos sentido felicidad por un breve momento. ¿Había sido realmente felicidad? ¿O solo la habíamos provocado? ¿Qué podría ponerla más furiosa? Con una inquietante mezcla de excitación y

rabia pensé en esos minutos que Colin y yo pasamos en el bosque con los lobos después de que François quedara incapacitado para robar más sueños y Colin se hubiera liberado de su envenenamiento. Yo estaba extasiada y segura de poder salvar todos los obstáculos si queríamos luchar por nuestra felicidad e intentar matar a Tessa.

—Matar a Tessa... —susurré casi riéndome de mí misma. ¿Matar a Tessa? Sí, era la única forma en que Colin y yo podríamos tener un futuro, y tal vez hubiera un método para hacerlo del que yo no sabía nada todavía y que Colin quería transmitirme. Pero una vez que se apagó la euforia de la victoria sobre François y mis heridas empezaron a doler me fui dando cuenta de lo que nos habíamos propuesto.

Nosotros, no yo. Yo no era la única que quería ver a Tessa muerta. Tillmann, también. Su vida también se había oscurecido. No solo eso..., ella le había cambiado el cuerpo, le había hecho madurar más deprisa, le había robado la capacidad de dormir. Y si Colin tenía una pizca de inteligencia en su testaruda cabeza de demonio también querría matarla. Todo lo horrible que le había ocurrido en su vida se lo debía a sus maldiciones. ¿Le habría atrapado esta vez? ¿Había podido escapar? ¿O ella había despertado de nuevo al demonio que había en él?

Me froté los pies, nerviosa. Como siempre que me ponía a pensar, me quedé atascada en la información número dos y no pasé de ahí. Ya el nombre de Tessa me paralizaba por dentro. En la primavera François logró sacarla de mi cabeza por un tiempo; mi hermano estaba tan mal que tuvimos que centrarnos en salvarlo sin atraer a Tessa sin querer. Funcionó gracias a que Colin vivía en una isla y en nuestros escasos encuentros en tierra firme no fuimos suficientemente felices..., al menos no de forma duradera. Pero ahora había dos demonios que se habían colado en mis sueños nocturnos sin preguntar y me hacían despertarme de golpe bañada en sudor: François, ese demonio solitario baboso, ansioso, que casi me deja pudrirme en mi propio cuerpo vivo cuando lo descubrí en pleno ataque, y Tessa, que superaba, y mucho, a François en repugnante maldad.

—Pero la hemos vencido. ¡La hemos vencido! —murmuré en mi puño, cuyos nudillos estaba mordisqueando como un conejo debido a la tensión—. Es posible...

François no estaba muerto. Solo incapacitado para robar sueños. Pero eso bastaba para que no pudiera hacer más daño, y para él era un castigo peor que la muerte. Hambriento para siempre. No habíamos tenido otra posibilidad. Debido a su escasa edad, Colin no había estado en condiciones de acabar con él en la lucha.

Pero con Tessa no podíamos permitirnos esos jueguecitos. Colin nunca podría generar en mí furia y rabia suficientes para envenenarla. Tessa ya estaba llena de veneno. Además, yo ya no estaba dispuesta a servir de fuente de malos sentimientos. Yo tenía ya bastantes malos sentimientos y por desgracia me invadían sobre todo cuando trataba de recuperarme de mis fatigas sin sentido. Como ahora.

Mi esperanza de poder pasar unas horas atontada al sol esa tarde se había desvanecido. Como siempre. La alegría se convertía enseguida en rabia e irritación si no recibía lo que quería..., no, lo que necesitaba. Necesitaba el verano como una infusión de vida que siempre me era arrebatada en el último momento porque se decidía que sin él yo podía seguir vegetando durante un tiempo sin problema. Sí, así me sentía a pesar de que trabajaba como una posesa. Como si solo vegetara.

Deja de pensar, Ellie, me gruñí para mis adentros. En pocos segundos recibiría la ansiada infusión de calor y descanso y entonces podría disfrutar de ella y recibir nueva energía. Durante mis absurdas cavilaciones había observado con atención el trozo de cielo azul y la dirección de las nubes. Enseguida se calmaría el viento frío y racheado, lo notaba en los bordes de las nubes, que ahora brillaban en un deslumbrante naranja claro. Me puse las gafas de sol, me recliné y disfruté de los últimos segundos hasta que el sol se abriera paso y me diera calor. Calor y al menos una ilusión de lo que los sonidos que iban a sonar en mis oídos me iban a transmitir simultáneamente.

Porque el comienzo del verano había sido hasta entonces un insulto. Había estado convencida de que aquella soleada tarde de primavera en que Colin me llevó con él al mar para abandonarme en las olas sería el preludio de la gran liberación que yo ansiaba tras el largo invierno. Pero el Westerwald decidió otra cosa. Se decidió

por días de lluvia, viento constante, noches frías, y solo le concedía al sol breves intervalos hasta que la siguiente nube tapaba sus tímidos rayos impidiéndole ablandar el suelo duro del invierno. El hielo parecía seguir asentado en el suelo fangoso de nuestro jardín.

También ahora me fueron concedidos solo unos breves momentos de paz. Conocía bien ese frustrante juego de luces y sombras. Salía el sol, aflojaba el viento y yo, con un rápido movimiento, retiraba la fina manta que cubría mi cuerpo. Pero muy arriba en el cielo el viento no renunciaba a su fuerza y se encargaba de enviar nubes constantemente. A veces tenía que hacer un esfuerzo para no tomármelo como una cuestión personal.

Incluso mamá, que era una de esas personas para las que el mal tiempo solo era una consecuencia de ir vestido de forma incorrecta, había capitulado ante el viento y nos había comprado una carísima y enorme cama solar con dosel de ratán de plástico y resistente a la intemperie. Sobre su immaculada colchoneta blanca —adornada con numerosos cojines que debido a la funda sintética cargada de electricidad electrostática daban continuos calambrazos— se alzaba un toldo en forma de concha que protegía del sol y del viento. No lo conseguía del todo, pero al menos era una estupenda pantalla visual frente a los ajetreados vecinos y me ayudaba a evadirme durante un rato de la desolada realidad a mi alrededor hasta que el viento me dejaba helada y el sol se rendía.

Mientras observaba los bordes brillantes de las nubes, mis pensamientos volvieron a tomar vida propia y a advertirme, a contradecir lo que mi cuerpo exigía de mí. ¿En serio quería descansar mientras estaba esperando y tramando cometer por fin un asesinato? Pero, como siempre que interiorizaba este hecho, el deseo de recuperarme antes por completo era más fuerte. Lo que necesitaba era descansar, estar tumbada sin hacer nada, tomar el sol.

No. Lo que necesitaba era un plan.

¿Pero se pueden tramar planes cuando se está siempre al borde del derrumbe? A veces sentía la piel tan herida que creía que cualquier movimiento rápido podría romperla por los sitios que apenas acababan de curarse. Sufría continuos ataques de migraña de pro-

porciones inesperadas. Huía de la actividad y el ajetreo más que antes, aunque en mis investigaciones no hacía otra cosa que perderme en una ajetreada actividad, y los ruegos de mamá de que me preocupara por mi futuro al menos en apariencia habían perdido mucho amor maternal en las últimas semanas. Para qué aceptar un trabajo cuando lo mismo tenía que dejarlo al día siguiente si... Cuántas veces maldije mentalmente la discrepancia entre el tiempo de los demonios robasueños y el de las personas. Ellos tenían tanto tiempo gracias a su maldita inmortalidad.

Colin me había prometido buscar un segundo método de matar y comunicármelo. Porque el normal quedaba excluido; Tessa era demasiado vieja y, por tanto, demasiado fuerte como para que Colin pudiera luchar en un duelo con ella. No podría vencerla. Sí, me lo había prometido, pero no habíamos hablado del cuándo. Yo confiaba en que cumpliera su promesa antes de que a mí me temblara la mano demasiado para sostener una pistola. ¿Una pistola? Una bala no podría matar a Tessa. ¿Habría que clavarle una estaca en el corazón, como a los vampiros? Me parecía una estupidez. ¿O al final había que cortarle la cabeza?

Me froté otra vez los pies, que se me habían quedado fríos a pesar de la manta. Clavarle una estaca en el corazón y cortarle la cabeza eran métodos repugnantes, pero sencillos. No, tenía que ser algo diferente. Algo de más peso. Y yo podría poner por fin orden en mis ideas y en mi vida cuando supiera y descubriera dónde estaba papá y qué pasaba con los demonios en Italia. Hasta entonces tendría que investigar y buscar el sol en mis pocas pausas de descanso, confiando en que mi piel no solo se bronceara, sino también se hiciera más gruesa y robusta para poder asumir esa tarea.

Mamá no sabía nada de mis objetivos. Ni siquiera sabía qué había ocurrido en Hamburgo exactamente. Ni Paul ni yo pudimos contarle ningún detalle a pesar de que al principio nos lo habíamos propuesto firmemente. Pero fuimos aplazando la conversación y nos propusimos recuperarnos antes de las fatigas de la lucha y del viaje hasta los lobos. Y cuando pasó cierto tiempo dudamos de que mamá pudiera asimilar la verdad. O tal vez nos convencimos a nosotros mismos de ello.

Paul no quería decirle a mamá que era gay porque había sido atacado por un demonio solitario —con el que por cierto había compartido su condición de gay sin gran entusiasmo—, y yo tenía miedo de que me encerrara en cuanto supiera lo que Colin había hecho conmigo y que la fractura ya curada de mi mano se la debía a él.

Pero mamá no era tonta. Debía tener muy claro que había ocurrido más de lo que le habíamos contado. Y como papá seguía desaparecido, por primera vez en su vida se convirtió en una gallina y controlaba cada uno de mis movimientos. El ordenador, protegido con varias contraseñas, era el único territorio que seguía siendo solo mío.

Paul había escapado hábilmente a las ansias controladoras de mamá. Tenía que resolver todavía algunos asuntos en Hamburgo y hacía tiempo que no aceptaba órdenes paternas. François solo había dejado caos tras de sí. Aparte de desalojar el sucísimo sótano lleno de ratas debajo de su galería, Paul tenía la desagradecida tarea de dejar su casa y confiar su venta a uno de los muchos codiciosos tiburones inmobiliarios de Hamburgo. También intentó anular el testamento conjunto con François, lo que resultó difícil, aunque por suerte François ya no estaba como interlocutor.

Pocos días después de su envenenamiento por la furia que Colin sacó de mí, François fue detenido por haber hundido sus garras en viandantes de Hamburgo elegidos al azar y tratar de beber sus lágrimas, lo que a la gente en el mejor de los casos le resultó algo molesto y en el peor de los casos le catapultó temporalmente al borde de la psicosis.

Aunque los ataques de François resultaban inofensivos, eran suficientemente llamativos para considerarle un ser asocial y entregarlo a la psiquiatría hospitalaria, en la que se mostró sumamente resistente a los tratamientos con Valium. Pero al menos pudo ocupar una habitación individual segura y con ello se evitó que siguiera haciendo daño a los turistas de la ciudad hanseática.

Paul dejó la administración de la fortuna de François en manos de diversos abogados, pues ya tenía bastante con ocuparse de sus propios bienes. Casi no quiso conservar nada, ni siquiera su querido Porsche 911, con el que yo volé a encontrarme con Colin en Sylt. Todo lo que tenía que ver con François y había adquirido en su épo-

ca con él le parecía sucio, y a mí me pasaba lo mismo. En resumen, no podíamos explicarle a mamá por qué Paul abandonaba de pronto su galería y su casa y echaba por tierra su vida anterior. Ella tampoco entendía por qué él y su hermana pequeña se encontraban en ese estado de desolación cuando regresaron. Era difícil no fijarse en mis heridas y mi dedo roto. El estado general de Paul era aún peor. Yo había confiado en que todas sus dolencias, sí, incluso la lesión cardíaca, desaparecerían en cuanto lo liberáramos de las garras de François. Pero no fue así. Tenía problemas físicos propios de hombres por encima de la crisis de los cuarenta, no de chicos en la mitad de la veintena como él. Y probablemente a los ojos de mamá fue muy sospechoso que yo últimamente me pasara las noches en Internet y luego por la tarde, pálida y con ojeras, me buscara un sitio al sol y rechazara cualquier tarea diciendo que tenía que descansar un poco.

Lo que estaba haciendo ahora, en ese breve momento de alegría anticipada, mientras el viento cogía nueva fuerza para liberar al sol de las enormes nubes blancas como el algodón que avanzaban sobre mí. Respiré despacio. Paz. Solo un momento de paz. Tenía que curarme. Curarme para poder pensar y seguir actuando. Para llegar a la información número tres y buscar el hilo rojo... Necesitábamos el hilo rojo...

—¡Ellie! ¿Ellie?

El sol había salido, pero la paz se había acabado. El grito de mamá había podido con ella. Encogí las piernas para que no pudiera verme, quise cobijarme entera en la redondez de la concha, ser invisible para el resto del mundo. Pero era inútil. Mamá sabía dónde estaba. Sus pasos se acercaron.

Me mordí el labio inferior para no ser injusta y empezar a gritarle y hacerle amargos reproches. Me había dejado en paz durante una hora a pesar de que al principio estaba quitando malas hierbas justo a mi lado y habría necesitado ayuda. Una hora en la que el sol apenas había salido diez minutos. Pero mamá no tenía la culpa de eso.

—Ellie, deberías ver esto.

Suspirando, me quité los auriculares de los oídos.

—¿Qué? —gruñí enfadada, y recordé como en un *déjà-vu* el momento en que, un año antes, papá me pidió que echara una tarjeta en

el buzón de los vecinos. Entonces reaccioné de forma similar y me sentí igual de molesta. Pero ¿había sido alguna vez más feliz que en aquella fría tarde de mayo en que todo comenzó? ¿Cuando papá todavía estaba con nosotros y yo conocí y empecé a querer a Colin, cuando todo era posible todavía?

¿Colin? Un rayo me cruzó la tripa.

Deberías ver esto, acababa de decir mamá, y sonaba como algo importante. No tanto como para que se refiriera a papá. No, si papá apareciera por sorpresa ella elegiría otras palabras.

Pero ¿podía ser que... que Colin...? No me atreví a terminar mis pensamientos porque mi corazón estaba al borde del síncope en vez de latir a un ritmo normal. Un inexplicable impulso de huida me hizo quitarme las dos mantas de encima para poder salir corriendo si mi sospecha era acertada.

Las palabras de mamá no habían sonado solo importantes, sino también escépticas, y desde los acontecimientos del invierno ella se había mostrado bastante escéptica sobre mi relación con Colin. Sí, era posible que Colin hubiera venido y ella quisiera decírmelo, pero ¿estaba yo en condiciones de hacer todo lo que su presencia suponía? ¿Me sentía capaz de mirarle a los ojos?

—¿Qué debería ver? —pregunté otra vez a mamá, porque no me había contestado. Me levanté y me puse los zapatos. Seguí con las gafas puestas a pesar de que el sol había vuelto a desaparecer. Tenía la sensación de que los cristales oscuros me protegían de todo lo auténtico, verdadero e inevitable. Me darían ventaja si mis más salvajes esperanzas y temores se cumplían.

—Ven. —Mamá se giró y subió a toda prisa la escalera de piedra del jardín para dirigirse hacia el despacho de papá, desde cuya ventana se podía ver todo el jardín delantero. Se me cortó la respiración cuando miré hacia abajo.

La rabia y una amarga desesperación me cerraron la garganta de golpe y por un momento fueron tan fuertes que me habría gustado correr a mi habitación y tirarme en la cama como una chica en plena pubertad. A mamá no se le pudo escapar que la sangre se me subía a la cara como si fuera lava y me temblaban los labios, pero crucé los brazos con especial frialdad; una postura que en los últimos tiempos

mamá adoptaba cada vez más cuando se veía incapaz de enfrentarse a mi tozudez o la de mi hermano. A pesar de todo el aire se abrió paso por mi garganta con un suspiro cuando la frustración se apoderó de mis brazos. ¿Cómo diablos estaba decepcionada si poco antes pensaba que era demasiado pronto para volver a vernos? ¿Y cómo podía ser demasiado pronto? ¿Era el hecho de que nos íbamos a reunir para cometer un asesinato? Era la muerte de un demonio que quería acabar con nosotros y destruir toda nuestra existencia. ¡Teníamos que hacerlo! Yo no tenía ninguna duda de que Tessa me iba a detectar si nos volvíamos a encontrar; no iba a poder escapar otra vez. Y entonces solo quedaban dos posibilidades: o me transformaba también a mí o me mataba. Podía imaginar que para eso bastaba con una mirada suya. Tal vez incluso un pensamiento. En el caso de François yo había sentido escrúpulos al decidir la muerte de otro ser. Con Tessa no me quedaba otra elección. Ella mataría a cualquiera que se pusiera en su camino; no solo a mí, también a toda mi familia.

Solo Tillmann tendría otro destino, a él no lo mataría nunca. Lo convertiría en demonio. Tal vez sucediera incluso como en mis sueños. Tessa no solo transformaría a Tillmann, sino que haría que él me persiguiera para atacarme. Mi mejor amigo se convertiría en mi peor enemigo. Jamás dudé de la veracidad de esos sueños. Sabía que no eran fruto de mi fantasía, sino una advertencia. Probablemente Tillmann lo sabía también.

La habíamos puesto furiosa. Por primera vez Colin no se había sometido a ella al escapar y abandonar a la chica que amaba. Había luchado contra ella y había vuelto conmigo. Y aunque los dos habíamos sentido que ella había seguido otra vez el rastro de Colin y nos pudo localizar, nos perdimos otra vez el uno en el otro antes de que Colin se marchara al mar. Tessa echó espumarajos de rabia y deseo de venganza. No iba a haber una tercera vez... a menos que nosotros nos adelantáramos a ella.

Pero yo no necesitaba a Colin solo para matar a Tessa. Lo necesitaba también para encontrar a papá.

Y lo necesitaba para mí. Para mi espíritu. No pude evitar un suspiro, pues en mi añoranza se mezclaban también la inquietud y el miedo. Yo era un enigma para mí misma.

—¿La conoces? —quiso saber mamá haciendo como si no hubiera notado mi mezcla de sentimientos.

—Sí —contesté. Mi voz sonó claramente nerviosa, un estado que prefería a la decepción y el desconcierto. Desde allí arriba había reconocido enseguida a Gianna Vespucci y su viejo utilitario. Aunque no entendía por qué estaba en cucullas en nuestra entrada, con la frente apoyada en los antebrazos y el pelo casi rozando el suelo. Seguro que tampoco nuestros vecinos, que ya habrían observado con lupa la curiosa escena con ganas de que sucediera algo. La llegada de Gianna se habría convertido en el último cotilleo del pueblo a más tardar esa tarde, como todo lo que hacíamos o dejábamos de hacer los Sturm. En la lista de preferencias estábamos todavía un poco por encima de la borracha propietaria de ponys, que acababa de quedarse otra vez sin carné de conducir y a última hora de la tarde solía armar escándalo en su casa; las malas lenguas decían que incluso pegaba a su marido. Nosotros no bebíamos ni nos pegábamos, pero teníamos un padre desaparecido y una madre nada convencional que hacía yoga con mi profesor de biología y había empezado en Bonn la carrera de historia del arte cuando ya debía estarse preparando para ser abuela. No éramos miembros ni del club de tiradores ni del club de fútbol local, y en invierno solo quitábamos la nieve de vez en cuando. En un pueblo de 400 habitantes eso bastaba para caer en desgracia y ser marginado de la sociedad. Que una joven estuviera agachada en nuestra entrada con una caja para transportar gatos y se balanceara de adelante atrás sin dejar de gemir era solo gasolina para el fuego.

—¿Una amiga tuya? —preguntó mamá con cautela. Hacía tiempo que no conocía mi círculo de amistades. Yo había roto todo contacto con mis mejores amigas de antes. Ya no teníamos nada que decirnos. Maiké y yo también nos habíamos separado. Solo me quedaba Tillmann. Pero él de momento estaba en Hamburgo con Paul y estaba siendo tratado por el Dr. Sand de su insomnio crónico.

Tillmann me había preguntado si me iba con él, pero a mí me daba miedo el barrio de Speicherstadt y no quería volver nunca más al sitio donde mi propio novio me había golpeado y humillado. No le dije que no enseguida, al fin y al cabo era posible que el Dr. Sand pudiera servirme de ayuda en mis investigaciones. Pero luego deci-

dí otra cosa. Sabía que al Dr. Sand le gustaba asumir la dirección y me consideraba como una especie de hija. Si le ponía al corriente de todo no me dejaría dar un solo paso más sola ni permitiría que yo hiciera lo que fuera para matar a un demonio. Se sentía demasiado obligado con mi padre. Por eso convencí a Tillmann para que no le contara nada de nuestras intenciones. Pero Tillmann sufría de momento una de sus fases de retirada en las que prefería estarse callado que compartir sus pensamientos conmigo o con otras personas. Solo cuando tuvo claras sus conclusiones empezó con sus épicas clases magistrales. Yo ya conocía ese fenómeno, lo que no significaba que pudiera aceptarlo sin protestar. Sabía que pensaba, que pensaba mucho, quizás tanto como yo. Pero se negaba a dejarme mirar en su cabeza. Llevábamos semanas pensando e investigando cada uno por nuestra cuenta, ¿qué sentido tenía? No era efectivo. Pero obligar a Tillmann a hablar acababa siempre con un silencio aún más obstinado por su parte. Y le dejé marchar. En realidad, que visitara al Dr. Sand también era importante para mí. Quería saber qué le había pasado y por qué ya no dormía.

Además Tillmann ayudaba a Paul a deshacerse de sus cosas viejas o también a hacer dinero. Su padre se lo había permitido de mala gana después de que Paul le mostrara una elogiosa prueba de sus «prácticas» en la galería.

Por eso me sorprendía aún más que Gianna apareciera aquí sin previo aviso y no estuviera en Hamburgo. Y tampoco su horrible estado general correspondía a esa Gianna siempre de buen humor y despierta de los *mails* que me mandaba. *Mails* que me llegaban a todas las horas del día y la noche y me proveían de diversas informaciones sobre creencias populares relacionadas con los demonios robasueños, bromas seudointelectuales y links de YouTube. A pesar de todo yo no le había dicho que esperaba un mensaje de Colin y que sus informaciones debían servirme para matar a un demonio. Quería contarle todo cuando se hubiera concretado cuándo me contaba Colin el segundo método. Si lo hacía alguna vez.

Impaciente, sacudí la cabeza para centrarme de nuevo en la pregunta de mamá. Si Gianna era amiga mía, quería saber, y yo estuve varios minutos sin hacer otra cosa que pensar en vez de responder.

Sí, Gianna era amiga mía a pesar de que en nuestros *mails* nos insultábamos apasionadamente y a veces sobrepasábamos el límite de la ofensa.

—Es la novia de Paul —dije no obstante. Quería desviar la atención de mi persona.

—Oh —hizo mamá, y se inclinó más hacia delante como si de ese modo pudiera reconocer más de Gianna, lo que no era posible porque ella había dejado de balancearse adelante y atrás. Solo veíamos su espalda doblada y su nuca. Debían dolerle ya las rodillas—. Es guapa, ¿no? —añadió mamá sin mucho entusiasmo. Una tesis atrevida que a la vista del pelo revuelto de Gianna resultaba aún más especial.

Me volví encogiéndome de hombros e hice lo que probablemente Gianna esperaba desde hacía unos minutos: alguien tenía que ocuparse de ella. Cuando salí se empezó a oír un aullido estremeceador, a dos voces, que no parecía tener fin y que finalmente derivó en un atormentado «yayaiyaiyaiyaiyai», Míster X había descubierto a Rufus encerrado y se acercaba a él en su pose más peligrosa: el pelo erizado en el lomo encorvado, el cuerpo de lado, la cola convertida en un cepillo para botellas, las orejas levantadas. Sus colmillos afilados y blancos brillaban como armas desenvainadas en su cara negra.

—Está bien, conejito —murmuré para calmarle, pero Míster X no me hizo caso.

Ronroneando, entonó una nueva aria mientras su saliva caía hasta el suelo y Rufus rascaba con las uñas el suelo de plástico de la caja de transporte.

—¿Gianna? ¿Va todo bien?

No, nada iba bien. Sentí su dolor bajo mi propia piel. Sus rodillas estaban débiles, le dolía el estómago, desde hacía días. Había llorado. Pude oler la sal en sus mejillas. Pero no reaccionó.

—Eh, Gianna, ¡dime algo!

—Se acabó —sonó su voz apagada, sin fuerza, tras la cortina de pelo. Se inclinó peligrosamente hacia un lado. Mi mano la ayudó a equilibrarse—. ¿Está Paul? —balbuceó.

—Paul está en Hamburgo, Gianna. No está aquí. ¿Estáis... estáis juntos todavía, no? —Desde que mamá me había llamado la

atención sobre ella yo tenía el temor de que hubieran vuelto a separarse. ¿Era ese el motivo por el que se encontraba tan mal? ¡No podían, separarse, no, no podían! Hasta el regreso de Colin tenía que quedarse todo como estaba. Éramos un equipo. Teníamos que mantenernos unidos para poder hacer lo que era necesario. Necesitábamos a Gianna porque daba fuerzas a Paul, y necesitábamos a Paul porque yo no iba a hacer nada sin mi hermano después de haber estado tantos años separados. Pero no solo yo le necesitaba a él. Ante todo él nos necesitaba a nosotros. No tenía a nadie más. François había alejado a todos de él. No tenía un solo amigo. Ni siquiera algún conocido. Como mucho antiguos compañeros de clase.

—No sé —masculló Gianna—. Ni idea. Dejamos que vaya despacio. Aunque yo me casaría ahora mismo si él me lo pidiera. Pero no lo hace.

Me dejé caer en el suelo con un gemido.

—Paul no está aquí, Gianna. Está en Hamburgo. Por eso me pregunto por qué...

—¡Porque no puedo más! —ladró Gianna afónica—. ¡Acabo de decírtelo! Hablo de mi trabajo, de mi casa, de todo... ¡Mierda!

Levantó las manos y al hacerlo perdió el equilibrio y cayó hacia atrás. Ahora estábamos las dos sentadas frente a frente y podíamos mirarnos a la cara. Su piel aceitunada había adquirido el brillo verdoso de cuando estaba estresada o se sentía mal. Probablemente le pasaban las dos cosas.

—Se me ha roto la caldera, solo eso. ¡Solo eso! ¡No tengo agua caliente!

—Un poco más bajo, Gianna, por favor... —le pedí, intentando sonar lo más comprensiva posible. Gianna no sabía que había media docena de oídos escuchando y al menos el doble de ojos mirando—. Está bien, se ha roto la caldera. ¿Y qué más?

—¡Pues nada más! ¡Eso ha sido ya demasiado! Esa mierda de casa y esa mierda de trabajo y esa mierda de colegas y yo... yo abandono. Todo. He... —Tragó saliva y me miró desesperada. Sus ojos color ámbar estaban muertos de cansancio—. De rabia le he tirado a mi jefe el café caliente encima del teclado. Una taza llena. No puedo volver allí nunca más. Tampoco a mi casa. No tengo agua caliente.

Comprendí que de momento no era posible una conversación objetiva. Agarré a Rufus, que no dejaba de aullar, y tiré a Gianna de la manga. Se dejó arrastrar hacia la casa como una viejecita ciega y subió tropezando los escalones del jardín de invierno, donde mamá nos esperaba con una curiosidad difícil de disimular.

—¿Y? —preguntó prudente. Gianna se apartó el pelo de la cara para poder mirar a mamá. Intentó sonreír, pero no pudo ocultar su mal estado.

—*Burn-out* —diagnostiqué brevemente, y por un instante no supe si hablaba de Gianna... o de mí misma.



LLEGARÁ EL DÍA EN QUE DESEES
SER ALGUIEN DIFERENTE.



LAS DUDAS PERTURBARÁN TUS SUEÑOS
MIENTRAS TU CORAZÓN DESBOCADO
TE RECUERDA QUE ESTÁS LLAMADA
A ALGO SUPERIOR.

CEDE CUANDO COMIENZE.
ENFRÉNTATE A LO QUE PUEDES SER
EN CUANTO TUS MIEDOS
SE DESVANEZCAN EN LA LUZ.



ANAYA
www.anayainfantiljuvenil.com

1578256

ISBN 978-84-698-0893-1



9 788469 808931